

MI ÚLTIMA CONVERSACION CON KURT SCHNEIDER

J. J. LÓPEZ IBOR

Catedrático de Psiquiatría
Madrid

La última vez que me encontré con K. SCHNEIDER fue en Munich en noviembre de 1966, cuando le concedieron la medalla "Kraepelin". Aquella ceremonia coincidió con la inauguración de las nuevas instalaciones del antiguo Instituto "Kraepelin", que ahora pertenecen a la Sociedad "Max Planck". En todo aquel acto se veía el afán de renovación de la psiquiatría alemana y su toma de conciencia de los nuevos problemas que agitan la psiquiatría actual, tanto desde el punto de vista científico como social.

Al caer la tarde tuve una larga conversación con K. SCHNEIDER. Mantenía la misma frescura de inteligencia, cuya penetración y viveza se expresaba en su mirada. Por la mañana SCHEID, había hablado largamente de sus trabajos, de sus ideas y de su influencia en la psiquiatría alemana. Por la tarde, él me confesaba que se hallaba desinteresado, en este atardecer de su vida, de la psiquiatría. ¿Y de la filosofía?—le pregunté—. "Tampoco la filosofía me dice nada. Sólo la teología". Le recordé sus trabajos filosóficos, su correspondencia con N. HARTMANN y SCHELER, de la que me había hablado otras veces. Le pregunté si alguna vez escribía algo sobre todo ello. Nada; sólo la sombra del más allá le inquietaba. K. SCHNEIDER había tenido, y tenía, una larga correspondencia con HEIDEGGER. ¿Sobre qué temas? le pregunté un día. "Gedichte", me respondió: Poesía.

En una ocasión, hace ya varios años, K. SCHNEIDER me envió un trabajo inédito para ACTAS, en el cual hablaba del "Ver-irren" refiriéndose a ese modo misterioso de enfermar constituido por las psicosis endógenas. Aludía en él al traducianismo. Me confesó que no se atrevía a publicar esas líneas en alemán... Después —ya jubilado— lo hizo en una nota en una de las ediciones de "Psychiatrie heute". Entre tantos aspectos admirables de K. SCHNEIDER se halla esa renuncia a la expresión de sus grandes inquietudes y esa permanencia como científico en *un dualismo empírico* entre "Seele" y "Körper" sobre el que se basa toda su psicopatología.



K. SCHNEIDER

Cultivó K. SCHNEIDER el análisis clínico con el éxito que todo el mundo sabe, precisamente, porque supo encontrar sus fronteras. Cuando dice: "A esto llamo yo esquizofrenia", formula, más agudamente que ningún otro psiquiatra, la relatividad del concepto; pero, por otra parte, describe sus síntomas patognomónicos como piedras sillares del diagnóstico clínico. Frente a la tremenda e insoportable banalidad de tantos trabajos psiquiátricos publicados en los últimos años, resulta admirable ese rigor en la observación clínica y en la formulación de lo observado, que fue la nota distintiva de K. SCHNEIDER.

Alguna que otra vez me dijo que había llegado al fin de su carrera: tenía la impresión de que, apurando más el análisis fenomenológico, se corría el mismo peligro que cuando se quiere apurar sacando punta a un lápiz, el de romper la punta; pero recuerdo que poco después de esta conversación es cuando publicó sus puntos de vista sobre las "Untergrund-depresionen" formuladas con una cautela extraordinaria.

Se ha escrito tanto sobre fenomenología y psiquiatría que se ha logrado empañar la transparencia del mismo método. La cuestión es más simple y la obra de K. SCHNEIDER lo demuestra. Se trata de lograr buenas descripciones clínicas. La sintomatología de los enfermos psíquicos es tan abigarrada que la tarea no es fácil. La singularidad de cada uno se ve muy bien a través de los cuadros psicopatológicos. Entre la singularidad del enfermo y la del psiquiatra hay que establecer un puente. De otra manera nunca lograremos hacer ciencia, es decir, tener conocimiento comunicable y expresable sobre una realidad tan subjetiva como la conducta humana alterada. Para K. SCHNEIDER la enfermedad sólo existe en lo corporal. En lo psíquico trataba de iluminar y de esclarecer tipos clínicos. Su conocidísima monografía sobre las personalidades psicopáticas lo demuestra. Deja a un lado problemas etiológicos y terapéuticos: se trata sólo de conocer una realidad y hacer comunicable ese conocimiento. Después vendrá la especulación y la teoría. No puede darse una actitud más limpia, desde el punto de vista metodológico. Y sin método no hay ciencia, mejor dicho, cada ciencia está condicionada por su método. El no ver claro en este punto, determina el hecho de que una palabra, tal como "esquizofrenia", tenga un significado distinto en cada meridiano y en cada paralelo.

* * *

Examinando las dificultades de la definición de las enfermedades mentales, K. SCHNEIDER llega a la conclusión de que las enfermedades son siempre corporales. En psiquiatría unas veces se puede hablar de enfermedades, como en los trastornos ligados a una alteración somática y otras de anomalías psíquicas. Dejando aparte este problema y refiriéndose no sólo a las enfermedades que pertenecen al predio de la psiquiatría, sino a todas, es evidente que en su estructura aparece siempre el problema del cuerpo. Al cuerpo humano vivo es a lo que podemos

nosotros llamar *corporalidad*. Las diferencias son tan evidentes que apenas vale la pena que me entretenga en señalarlas aquí.

Se repite mucho la fórmula, y yo mismo la he repetido, de Gabriel MARCEL, para explicar las relaciones duales que tenemos con nuestro cuerpo y que las dota de una especial nota de ambigüedad: "tenemos nuestro cuerpo y somos nuestro cuerpo". La fórmula resulta ciertamente iluminadora de la situación, pero por mi parte la creo deficiente para explicar las relaciones de nuestro cuerpo con la patología. Las fórmulas de K. SCHNEIDER eran más claras. Yo le agregaría a la fórmula de MARCEL una tercera dimensión: nuestro cuerpo, al mismo tiempo que *nos tiene, nos sostiene*. Esta tercera dimensión nos recuerda la idea platónica del cuerpo como cárcel del alma.

* * *

K. SCHNEIDER tenía el sentido del lenguaje. Era minucioso. Trabajaba su texto pacientemente y lo corregía una y otra vez. Sentía espanto por la tautología y por la retórica psiquiátrica. Recuerdo que en un Simposio muy reducido sobre los delirios al que asistimos ambos, tras una intervención flamígera y barroca de un colega, CONRAD le invitó a intervenir. No quiso. "Lo que yo hago —dijo— no tiene nada que ver con todo eso". Y permaneció en silencio.

Era hombre de pequeñas notas y grandes silencios. Algunos interpretaban su timidez como rigidez. Yo creo, al contrario, que era un poco de ternura. Publicó un libro de versos en edición privada que lo demuestra. Me dijo en una ocasión que a de BARTH, el gran teólogo protestante, el libro que más le gustaba era uno de pequeños sermones a los presos de una cárcel, lleno, ¡por qué no decirlo!, de ternura teológica.

Creo que el legado de K. SCHNEIDER ejercerá durante largos años su influencia en la psiquiatría contemporánea, precisamente porque es un instrumento de trabajo clínico fino y de primera calidad. En España son bien conocidas sus obras —sobre todo su patopsicología clínica— a través de excelentes traducciones. Algunas veces, psiquiatras europeos emigrados a los Estados Unidos, me han hablado del peligro de que desaparezca —como ciencia— la clínica psiquiátrica. Mientras la obra de K. SCHNEIDER, y de tantos otros de su generación, permanezca, creo que se podrá evitar ese peligro. No hay desaparición posible de una ciencia mientras haya gigantes del pensamiento como K. SCHNEIDER.